



UNIVERSIDAD
DE PIURA

REPOSITORIO INSTITUCIONAL
PIRHUA

UNA APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA A LA TEOLOGÍA DEL TRABAJO DE SAN JOSEMARÍA

Genara Castillo Córdova

Piura, 2002

FACULTAD DE HUMANIDADES

Departamento de Humanidades, Área de Filosofía

Castillo, G. (2002). Una aproximación antropológica a la teología del trabajo de san Josemaría. *Mercurio Peruano: revista de humanidades*, 515, 67-82.



Esta obra está bajo una [licencia](#)
[Creative Commons Atribución-](#)
[NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú](#)

Repositorio institucional PIRHUA – Universidad de Piura

UNA APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA A LA TEOLOGÍA DEL TRABAJO DE SAN JOSEMARÍA

Cuando el quehacer técnico no se separa del obrar ético

GENARA CASTILLO

Evidentemente, las enseñanzas y la teología del trabajo en San Josemaría rebasan toda explicación filosófica; sin embargo cabría hacer una aproximación a ellas contando con el enfoque de la antropología y ética. En este sentido van los comentarios de índole filosófica a aquellas enseñanzas, con ocasión del centenario de su nacimiento.

a. Las dos vertientes de la acción práctica dentro del designio divino.

Desde los filósofos griegos se puede encontrar la formulación de una de las vertientes del trabajo humano: la acción técnica productiva. Como es sabido, según Aristóteles, la razón práctica tiene dos niveles: uno es el nivel productivo o transformador, el otro nivel es superior. Al primer nivel Aristóteles le llama *despotiké* (despótica), porque la relación que existe entre un acto humano de ese nivel y las cosas que produce, consiste precisamente en una transformación. El segundo nivel correspondería a la *politiké* o razón política o directiva.

Por eso, la relación del agente productivo con las cosas es una relación activa-pasiva, en que la acción humana es eminentemente configurante, ya que el hombre como agente práctico imprime las formas previstas en aquello a lo que dirige su actividad práctica, y que le está enteramente sometido, de ahí que la autoría sea exclusivamente del hombre en cuanto agente.

Para un cristiano, el trabajo –en esa dimensión– tiene un significado todavía mayor: es un mandato, un encargo divino. Como sabemos, en el *Génesis* se dice que el hombre está puesto en el universo para dominarlo. En ese contexto se dice que el mundo *es bueno* (“vio Dios que era bueno”), y que la criatura humana, el hombre, es *muy bueno*. Por tanto, esa relación que el hombre guarda con el universo es estrictamente activa de su parte: es la relación de lo muy bueno con lo bueno. Evidentemente, esa relación –activa-pasiva, para decirlo con la tesis griega clásica–, comporta el mejoramiento de “lo bueno” por parte de “lo muy bueno”.

A ese designio divino hace referencia San Josemaría cuando dice: ***“Desde el comienzo de su creación, el hombre –no me lo invento yo– ha tenido que trabajar. Basta abrir la Sagrada Biblia por las primeras páginas, y allí se lee que –antes de que entrara el pecado en la humanidad y, como consecuencia de esa ofensa, la muerte y las penalidades***



y miserias– Dios formó a Adán con el barro de la tierra, y creó para él y para su descendencia este mundo tan hermoso, ut operaretur et custodiret illum, con el fin de que lo trabajara y lo custodiase. (...)Se trata de un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y simultáneamente recojamos frutos para la vida eterna: el hombre nace para trabajar, como las aves para volar”¹

Dentro de este planteamiento, el hombre no es el creador del universo, pero el universo ha sido hecho de tal manera que el ser humano tenga una relación con él. Esto es posible porque lo propio del hombre es ser persona, ser aportante, está exigido a incrementar el bien dentro de sí mismo y alrededor suyo. El hombre es el dominador del universo en el sentido de que su relación con él es predominantemente activa, pero atendiendo a que esa acción tiene que ser perfeccionadora. Por tanto, el hombre está llamado a perfeccionar el mundo a la vez que se perfecciona él mismo y perfecciona a los demás a través de su trabajo.

Precisamente, **el fundamento de la teología del trabajo se basa en la misma teología de la creación.** Así lo puso de manifiesto San Josemaría cuando un periodista le preguntó. *“Usted viene diciendo y escribiendo desde hace tantos años que la vocación de los laicos consiste en tres cosas: "santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás con el trabajo". ¿Podría precisarnos qué entiende usted exactamente por lo primero: santificar el trabajo? (San Josemaría respondió): “Es difícil explicarlo en pocas palabras, porque en esa expresión están implicados conceptos fundamentales de la misma teología de la Creación. Lo que he enseñado siempre –desde hace cuarenta años– es que todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres)”².*

Así pues, en su relación con el universo, el ser humano tiene unas exigencias éticas: debe perfeccionarlo. Sin embargo, actualmente se piensa que muchas veces la acción del hombre sobre las cosas no es perfeccionadora, sino perturbadora. Dentro del llamado “progreso” están varios problemas actuales, que nos hace ver que precisamente ha habido una perturbación. Dios no ha creado al hombre y al universo estableciendo entre ellos una relación conflictiva.

Si eso sucede es porque el hombre no ha sido fiel, porque ha traicionado su relación con el universo. San Josemaría advierte: *“Dentro de todo este campo de Dios, que es la tierra, que es heredad de Cristo, ha brotado cizaña: no sólo cizaña, ¡abundancia de cizaña! No podemos dejarnos engañar por el mito del progreso perenne e irreversible. El*

¹ Escrivá de Balaguer, Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 57

² *Conversaciones*, n. 10

progreso rectamente ordenado es bueno, y Dios lo quiere. Pero se pondera más ese otro falso progreso, que ciega los ojos a tanta gente”³.

En definitiva, el hombre ha desvirtuado lo que tenía que hacer, su misión en el universo ha sido deficitaria en cierta manera. Sin embargo, es patente –ontológicamente– que el hombre está hecho para perfeccionar el universo, y esto está relacionado también con su perfección propia. Esa perfectibilidad alude a la virtud: el hombre cuando perfecciona se perfecciona a sí mismo y no puede seguir perfeccionando su entorno más que si sigue perfeccionándose. En esa dinámica está la virtud que supone el incremento del bien.

En definitiva, el hombre está colocado en el universo, para perfeccionarlo a través de su actividad signada por las virtudes. Sólo en la medida en que posea esos grados de bien intrínsecamente, podrá difundirlo alrededor. Acudiendo a una representación para explicarnos mejor, recordaremos la figura del Rey Midas, quien todo lo que tocaba se convertía en oro. Esto sucede tanto en el plano natural, como en el sobrenatural⁴.

Así, aparece el asunto nuclear de la acción humana que, como sabemos, es el tema básico de la ética porque a través de la acción se adquieren las virtudes y con la acción se consiguen bienes no sólo extrínsecos sino lo que es más importante: bienes intrínsecos. En lo que respecta a la acción del hombre en el universo se ve que ésta tiene exigencias éticas básicas. El ser humano tiene que cuidar y perfeccionar el universo. Esto tiene seguramente que ver con ese cielo nuevo y esa tierra nueva, de que nos habla San Juan.

Quizá hemos omitido algo o hemos cometido algunos estropicios, aunque –como ya hemos dicho– no todo progreso es malo. Además, la doctrina del progreso muestra la conciencia de la acción humana, y no es conveniente renunciar a ello porque en la modernidad aunque no esté bien orientada hay un aumento de la acción humana, si bien sólo en sentido técnico.

La acción técnica no es mala, tampoco –de entrada– hay que sospechar de ella, aunque haya que reconducirla o re encauzarla. La técnica es intrínsecamente humana, el bipedismo humano está muy relacionado con la liberación de las extremidades superiores, de manera que la mano es –según Aristóteles–, el instrumento de los instrumentos, ya que está relacionada con el cerebro humano, con la capacidad racional del hombre, que se expresa especialmente a través del lenguaje y que se expansiona con la libertad.

³ *Es Cristo que pasa*, n. 123

⁴ “Una oración y una conducta que no nos apartan de nuestras actividades ordinarias, que en medio de ese afán noblemente terreno nos conducen al Señor. Al elevar todo ese quehacer a Dios, la criatura **diviniza el mundo**. ¡He hablado tantas veces del mito del rey Midas, que convertía en oro cuanto tocaba! En oro de méritos sobrenaturales podemos convertir todo lo que tocamos, a pesar de nuestros personales errores” *Amigos de Dios*, n. 308.



Por tanto, sólo se pueden usar las manos desde la inteligencia, –la cual por otra parte, está llamada a llevar a su plenitud la comprensión de la relación medios-fines–. En ese sentido se dice que el hombre es técnico, que es *homo faber*. Asimismo, Jesucristo en cuanto es perfecto Dios y perfecto hombre, trabajó con sus manos: ***“En el Evangelio encontraréis que Jesús era conocido como faber, filius Mariae, el obrero, el hijo de María: pues también nosotros, con orgullo santo, tenemos que demostrar con los hechos que ¡somos trabajadores!, ¡hombres y mujeres de labor!”***⁵.

Para todo ser humano, la acción técnica tiene una raíz antropológica importante, y hay que partir de ahí. Aunque dentro de la antropología cristiana la importancia es todavía mayor, hay que ser muy humano para poder ser muy divino. Las manos son un vehículo de la razón. Lo que hace la mano tiene sentido; los movimientos de las manos son expresivos, porque a través de ellas se encausa la dimensión racional, espiritual, del ser humano. Todo lo técnico, lo artefactable, lo artístico, está dirigido desde esas instancias superiores, conlleva poner en ejercicio toda la capacidad intelectual y volitiva del ser humano.

De lo contrario, sin esa asistencia de aquellas dimensiones humanas superiores, las manos dejarían de ser el instrumento de los instrumentos, no se podría trabajar. Trabajar es saber trabajar. Producir requiere querer y saber producir, y para ello es necesario aprenderlo, y para aprenderlo se precisa del lenguaje el cual se fundamenta en la verdad y en el bien. La ética no es un añadido, no es una “guinda” sobrepuesta, sino que está en las mismas raíces del obrar humano. Si se pierde de vista esta realidad se introduce el desorden, entonces lo que queda es hacer de “aprendiz de brujo” ya que entonces la técnica se nos va de las va de las manos.

Tenemos, por tanto, que el hombre está puesto para mejorar el universo, mejorándose él mismo y mejorando a los demás. Este requerimiento, después de la relación con el universo, se extiende a la relación del hombre con el hombre que también es perfectible. Ahí se descubre otra dimensión de la acción humana. Ya hemos visto que el dominio despótico es una relación del hombre con el universo en la que éste es pasivo; y así es como el hombre es un artesano o es un técnico y eso es la primera dimensión de la técnica.

Pero además está el dominio político, que se caracteriza por ser establecido entre seres que son activos y entonces aparece la colaboración, una estructura de la acción que a veces se olvida y entonces no se considera bien la acción política. La acción política –para Aristóteles– es la acción que se instaura entre seres humanos con vistas al ejercicio del bien. En esta línea, San Josemaría nos recuerda que la colaboración es esencial para el bien común: ***“Como cristiano, tienes el deber de actuar, de no abstenerte, de prestar tu propia colaboración para servir con lealtad, y con libertad personal, al bien común”***⁶.

Al contrario, si la relación entre los seres humanos se desvirtúa, entonces se convierte en una acción técnica de primer nivel, es decir, en una acción despótica. Según ésta relación se produce el dominio de un ser humano por parte de otro que considera al primero como

⁵ *Amigos de Dios*, n. 62

⁶ *Forja*, 714

un ser pasivo, maleable, como si fuera un ser artefactable⁷. La primera interpretación de la organización social desde este punto de vista, como razón práctica despótica, es la sofística griega. Y en cuanto reacción frente a la sofística griega, los grandes socráticos, sobre todo Aristóteles, formulan la idea de que hay dos tipos de razón práctica. O, lo que es igual, dos tipos de técnica: una técnica de primer nivel, despótica y una técnica de segundo nivel, política. En la primera la relación es activo-pasiva y en la segunda es activa-activa.

Como ha advertido el Profesor Leonardo Polo, la estructura de relación entre dos seres humanos activos es de doble entrada: hay una entrada y una salida doble en cada uno de los sujetos y cada entrada y salida son correlativas y diferentes puesto que la acción humana entre hombres es interacción. De manera que el hombre es siempre perfeccionador perfectible respecto del universo y perfeccionador perfectible en su relación con otros hombres. Como decía San Josemaría, tenemos del deber de santificar nuestro trabajo, santificándonos y santificando a los demás a través de nuestro trabajo. Por tanto, cuando se trata de nuestras relaciones con los demás ese carácter de perfeccionador perfectible es más vinculante, más intenso. La medida en que un hombre puede perfeccionar o estropear a otro es mucho mayor que la aplicación técnica del hombre a las cosas. El dominio de lo político es más alto que el dominio de lo despótico.

En rigor, la aplicación directa de la acción despótica en lo que se refiere a los seres humanos se puede ver en muchas cosas. Por ejemplo, respecto al economicismo. La economía es ciencia de medios; es razón práctica que tiene que ver con las actividades productivas y de consumo. Pero un economicismo, que reduce toda la razón práctica a los intercambios entre productos, da lugar a técnicas despóticas a nivel humano. Por otra parte, lo que a veces se llaman técnicas de marketing son despóticas, por ejemplo la publicidad es eminentemente despótica tal como se ejerce actualmente. Es parte del régimen moderno de esclavitud.

Otro ejemplo es el intento de clonar seres humanos, poniéndolos en el estatuto de cosa. Con la clonación humana se pretende convertir al ser humano en un ser artefactable, en un mero producto. Sin embargo, al ser humano no le corresponde el estatuto de cosa, sino la dimensión de hijo: de ser generado, no producido (hecho). En la acción fáctica, artefactable, la relación es activa-pasiva, en la cual la configuración corre a cargo del capricho de sus “fabricantes”.

En cambio, en la reproducción no artificial no hay esa “mano configuradora”, no se trata de un “proceso despótico”, sino que el embrión se forma mediante un proceso rigurosamente natural, en clave paternidad-filiación. La persona humana está llamada a tener la dignidad propia de su ser, su nivel le hace superior a la cosa, su dimensión espiritual, su ser libre, etc., le ponen por encima de lo artefactable.

En suma, es necesario, no olvidar los requerimientos intrínsecos del ser humano, enraizarle en la verdad y en el bien, de lo contrario, no podrá acceder a su fin propio. Para

⁷ Esto es lo que se pretende hacer –por ejemplo– con la clonación humana.



ejercer su actividad perfeccionante y perfeccionadora, el ser humano no debe perder de vista la verdad ni el bien. Según los filósofos griegos clásicos, lo primero que se le pide a un hombre cuando actúa es que sepa. Sólo desde la verdad se puede ejercer una acción transformadora, desde la verdad del universo, de cada quién, de los demás, de la sociedad. De ahí también la importancia del lenguaje. Un lenguaje falso, equivocado respecto de las cosas, las estropea, pero un lenguaje equivocado respecto de las personas destroza la sociedad.

El empobrecimiento del lenguaje es el decaimiento de una sociedad. La mentira, el abuso del lenguaje, es dañino para las personas y para la sociedad. Por eso, entre las normas que aparecen en el decálogo está mandado no mentir, porque es intrínsecamente malo. El error, la mentira, son intrínsecamente malos. Precisamente una norma para todos es la de no mentir. Eso afecta a nuestra acción humana más alta que es hablar. Dice San Josemaría: ***“El mundo vive de la mentira; y hace veinte siglos que vino la Verdad a los hombres. —¡Hay que decir la verdad!, y a eso hemos de ir los hijos de Dios. Cuando los hombres se acostumbren a proclamarla y a oírla, habrá más comprensión en esta tierra nuestra”***⁸.

Con todo, desarrollar esto llevaría mucho tiempo, tendríamos que ver cómo el hombre ha alterado el lenguaje. Como sabemos, el “padre de la mentira” es el diablo, la tentación consistió en un engaño respecto de aquello que Dios no había entregado al hombre que es la “ciencia del bien y del mal”. Por eso Tomás de Aquino dice que el pecado original es un pecado de ciencia. Un pecado de ciencia en tanto que la ciencia es ciencia práctica, tiene que ver con los dos ámbitos de la vida práctica humana, aquellos en los que el ser humano despliega su dominio despótico y su dominio político: con el perfeccionamiento del universo y con la acción y reacción entre seres humanos respectivamente, en las que puede comprometer el perfeccionamiento propio y el de los demás.

Es necesario ir a ese planteamiento radical para entender la dimensión espiritual del trabajo humano. Es en esa dimensión espiritual donde se decide la ética. La acción moral tiene una base antropológica muy profunda, y el planteamiento antropológico va muy de la mano con el fundamento *in re*; es decir, se corresponde con una potente dimensión ontológica. No basta con tener sentido moral, si se trata de entender el asunto, es preciso llegar a lo ontológico o no entendemos. Como lo ha puesto de relieve el profesor Leonardo Polo, lo más radical que puede hacer el hombre con su propio ser es admitir como propia la ciencia del bien y del mal, el hacerlo comporta el pecado original, porque determinar el bien y el mal no corresponde al hombre. Sin embargo, nos hemos apoderado de la ciencia del bien y del mal. ¿Qué es malo? Lo que yo digo. ¿Qué es bueno? Lo que yo digo. El hombre no está hecho para eso.

b. El mandato de la sindéresis: incrementar el bien

Sin embargo, aunque la presencia del mal es inesquivable y tenemos que ver con él, los cristianos podemos y debemos tratar de ahogar el mal en abundancia de bien. ¿Qué

⁸ Forja, 130

quiere decir ahogar el mal en abundancia de bien? Evidentemente, que hemos de imponer el bien de manera que se destierre el mal. Esto comporta seguir el principio de la sindéresis: ¡haz el bien! Estamos comprometidos a hacerlo, nos corresponde la ciencia del bien y de lo mejor. De ninguna manera le corresponde al ser humano la ciencia del mal como alternativa, eso no es humano. El deber del hombre es incrementar el bien y al hacerlo él mismo se hace bueno, ese incremento es en orden al bien, por lo cual el hombre adquiere virtudes. Y esa es la única actividad que le corresponde al hombre de modo legítimo.

Sin un crecimiento en el bien, sin la práctica de virtudes, estropeamos el universo, las cosas, y también a los demás seres humanos. Por tanto, la apelación a santificar el trabajo, a santificarnos con el trabajo, y a santificar a los demás con el trabajo, va en esa línea del incremento del bien en nosotros mismos, lo cual va muy unido al incremento del bien en la creación y en los demás. Sólo así se entienden las virtudes sociales básicas como el respeto, la amistad, la veracidad, la colaboración, la gratitud, la piedad, el honor, etc. De ahí también que en rigor todas las virtudes son sociales, porque no hay virtudes que puedan dañar a los demás. Estamos ante la dinámica intrínseca de la virtud humana, ante la dimensión más profunda de la acción humana.

Entender la virtud en su carácter cibernético –toda salida es una entrada– conlleva la gran pregunta socrática: ¿Qué es peor, cometer la injusticia o recibirla? Aquí está la pregunta inicial sobre qué es lo que realmente hace bueno o malo a un ser humano. Hay quienes contestan que es peor recibir la injusticia. Sin embargo, también hay quienes se dan cuenta de que la peor consecuencia de un acto injusto es la que afecta al que lo comete. El argumento que dan los filósofos clásicos es profundamente ontológico: el que sufre un mal, un acto injusto, es sometido a las consecuencias del acto pero extrínsecamente; en cambio, quien ejerce el acto injusto ése es actor del acto y el hacerlo lo constituye de manera que él mismo se hace malo.

El talante ético de una persona se define en esa tesitura, frente al bien y frente al mal moral. Saber que ser bueno es asunto profundamente intrínseco, ser consciente de que es con nuestros actos como nos hacemos buenos o malos, y luchar con todas nuestras fuerzas para obrar el bien, de modo que cuando el mal se nos ponga delante, resistamos y en su lugar hagamos el bien; eso es haber entendido lo que es ser ético.

Por eso, según San Josemaría, tenemos que estar dispuestos a no contestar el mal con otro mal”, sino que hay que “ahogar el mal en abundancia de bien”, porque si no – advierte– “Cristo no podrá reinar en nuestra alma”. Recordaremos sus propias palabras: ***“Servir a los demás, por Cristo, exige ser muy humanos. Si nuestra vida es deshumana, Dios no edificará nada en ella, (...). Hemos de comprender a todos, (...) hemos de perdonar a todos. No diremos que lo injusto es justo, que la ofensa a Dios no es ofensa a Dios, que lo malo es bueno. Pero, ante el mal, no contestaremos con otro mal, sino con la doctrina clara y con la acción buena: ahogando el mal en abundancia de bien. Así Cristo reinará en nuestra alma, y en las almas de los que nos rodean”***⁹.

⁹ *Es Cristo que pasa*, n. 182



Como se puede ver, es muy alta la meta, hay que contar con nuestras deficiencias y la de los demás, pero lo que se pide es luchar, esforzarnos para conseguirla. Si hasta en el plano humano ésta es una exigencia de crecimiento intrínseco, cuánto más lo es en el plano sobrenatural. Vivir es crecer, es mejorarse, optimarse, perfeccionarse irrestrictamente. Aunque la meta no se consiga del todo, siempre es mejor proponerse la excelencia y no alcanzarla que proponerse la mediocridad y conseguirla.

Por otra parte, alcanzar la excelencia para un cristiano no se queda en alcanzar una vida honorable, en el nivel humano, la virtud del honor para un cristiano parte de comprender que el mayor honor es el que Dios le otorga; en definitiva, la clave de ese honor es el reconocimiento que Dios le da al final de su vida, porque ha sido “bueno y fiel”; ésa es –para un cristiano– la mayor ambición (que es diferente de la codicia), ésa es la corona que ansía: ser aceptado por Dios en su compañía para siempre. Por eso, ¿Éxitos, fracasos? Dice San Josemaría: ***“Cuando una empresa es sobrenatural, importan poco el éxito o el fracaso, tal como suelen entenderse de ordinario. Ya decía San Pablo a los cristianos de Corinto, que en la vida espiritual lo que interesa no es el juicio de los demás, ni nuestro propio juicio, sino el de Dios”***¹⁰.

Así pues, lo importante es alcanzar el Último Fin, para eso se precisa de las virtudes, de un crecimiento radical en la verdad y en el bien. Ya lo decían los filósofos griegos, que tal como somos –a través de nuestras virtudes– nos proponemos, o alcanzamos un fin determinado. En la ética clásica el hombre es profundamente teleológico, e incluso puede llegar a saber que su Fin o Bien Absoluto es Dios, en tanto se trata del Bien infinito. La virtud es fundamental para alcanzarlo. El hombre es un viviente libre cuyo dinamismo es tal que puede mejorar o entrar en pérdida, y su equilibrio sólo lo consigue si va adquiriendo virtudes, de manera que si no se llega a esa situación, el equilibrio no se da, ni en nosotros, ni en el universo, ni en la sociedad; y por tanto no se puede avizorar el fin verdadero.

En suma, desde la ética clásica existe el bien absoluto y el hombre tiene capacidad de alcanzarlo, pero no lo podrá lograr si no hace crecer su propia dotación dinámica. Tenemos entonces que a la firmeza del bien corresponde la firmeza de la adhesión al bien y eso sólo se puede lograr con la virtud porque si no, la voluntad sería voluble. No basta la indefectibilidad del bien sino que nuestra adhesión sea firme, gracias a las virtudes.

Prosiguiendo en esa misma línea, y contando con la riqueza de la Revelación, el hombre es *capax Dei*, lo cual no quiere decir que con eso ya lo alcance efectivamente. Para que esa posesión sea firme se requiere el perfeccionamiento de la voluntad por las virtudes. En el supuesto de que el hombre no esté elevado (lo está), aún en el simple plano natural, en el supuesto de la nuda naturaleza, en esas condiciones, también se puede decir que la voluntad sería una tendencia capaz de alcanzar su fin, pero si no se fortalece a sí misma con virtudes morales, no podría alcanzarlo. Así pues, la voluntad está abierta al Bien Absoluto. Pero, una cosa es que esté abierta y otra que lo alcance. El hombre es capaz de Dios si su

¹⁰ *Conversaciones*, n. 41.

voluntad es susceptible de perfeccionamiento, de crecer en el bien, de lo contrario, no. Este es el planteamiento tomista¹¹, que continúa el aristotélico.

La exigencia de perfeccionamiento es inherente a la actividad del cristiano. Son muchas las virtudes que se ponen en juego en su trabajo ordinario: *“Es toda una trama de virtudes la que se pone en juego al desempeñar nuestro oficio, con el propósito de santificarlo: la fortaleza, para perseverar en nuestra labor, a pesar de las naturales dificultades y sin dejarse vencer nunca por el agobio; la templanza, para gastarse sin reservas y para superar la comodidad y el egoísmo; la justicia, para cumplir nuestros deberes con Dios, con la sociedad, con la familia, con los colegas; la prudencia, para saber en cada caso qué es lo que conviene hacer, y lanzarnos a la obra sin dilaciones... Y todo, insisto, por Amor, con el sentido vivo e inmediato de la responsabilidad del fruto de nuestro trabajo y de su alcance apostólico”*¹².

La dimensión apostólica del cristiano está justamente en esa dimensión. Hay que santificar a los demás por medio de nuestro trabajo. Las obras que realizamos tienen unos destinatarios próximos que son los demás, ya que en definitiva, el Destinatario último es Dios. Por esto a Dios no se puede ir solo. A Dios se va con los demás, es el núcleo más profundo del principio del Bien Común. La ética clásica –griega y cristiana– habla de Bien Común, el cual no tiene que ser sólo privado, sino que lo pueden poseer muchos. Y el hecho de que sean también los demás quienes lo alcancen forma parte de la propia felicidad. A esto se refiere la motivación trascendente de la acción humana. La dimensión apostólica del quehacer humano radica justamente en que hay que ayudar a los demás a llegar a Dios, no es posible ir uno solo. De ahí que según San Josemaría: *“El apostolado más importante del Opus Dei, es el que cada uno realiza con el testimonio de su vida y con su palabra, en el trato diario con sus amigos y compañeros de profesión. ¿Quién puede medir la eficacia sobrenatural de este apostolado callado y humilde? No se puede valorar la ayuda que supone el ejemplo de un amigo leal y sincero, o la influencia de una buena madre en el seno de la familia”*¹³.

Tenemos entonces que el Bien Común lo es en cuanto no se alcanza aisladamente, sino en tanto la motivación trascendente va dirigida a otros: El hombre no es feliz solo. Por tanto debe procurar, en lo posible, que los demás sean felices. Por esto en la ética clásica griega a las virtudes de la templanza, fortaleza, prudencia y justicia añaden la de la amistad. La amistad es el intercambio de bienes. El hombre incluye en su propio afán de felicidad, la felicidad del amigo. La amistad se caracteriza por la donación. El amor es acto y hábito, y en el pensamiento cristiano es elevado: se llama Caridad, que no es sólo un fin natural sino

¹¹ Según la argumentación de Tomás de Aquino, los bienes finitos no son bienes porque se pueden perder, entonces no se puede garantizar una felicidad plena. Sólo el Bien absoluto no puede fallar, sólo Aquel puede hacernos felices. Sin el Bien Absoluto, la felicidad no es plena, se queda la nivel del animal que tiene su "gozo" en la comida, etc., en cuyo caso, la tendencia al Fin Supremo está insatisfecha.

¹² *Amigos de Dios*, n. 72

¹³ *Conversaciones*, n. 31



sobrenatural, es un fin que Dios le ha dado al hombre sobrenaturalmente, por el que ama a Dios y a los demás por Dios, por lo cual procura acercarlos a Él, mediante su propio testimonio y por las mismas obras que realiza.

Así pues, esforzarse por de crecer en vida interior es ponerse en caminos de santidad, la cual no es nada estático, sino que es vida, y como dice San Josemaría “no es una etiqueta, sino una profunda exigencia”. Cito sus palabras: ***“Una persona que no progrese por el camino de la vida interior, hasta comprender que vale la pena darse del todo, entregar la propia vida en servicio del Señor, no puede perseverar en el Opus Dei, porque la santidad no es una etiqueta, sino una profunda exigencia”***¹⁴.

En definitiva, para un cristiano, la vida humana se revitaliza todavía más y de un modo radicalmente nuevo, cuando con esa lucha interior trata de hacer crecer la vida divina dentro de sí y de los demás. La santidad conlleva un despertar todavía mayor que el que proporciona la ética en el plano meramente humano, el cual, sin embargo es requerido, ya que al tratar de ser hijos en el Hijo, tenemos que ser muy humanos para ser muy divinos. La tarea de aportación, de entrega, de donación generosa, se vive entonces en la clave del amor, se trata de esforzarse en identificarse con Jesús, y desde ahí vivir en esa órbita del amor: Por esto mismo, la irrelevancia de las tareas pequeñas es sólo aparente, porque ***“ante Dios, ninguna ocupación es por sí misma grande ni pequeña. Todo adquiere el valor del Amor con que se realiza”***¹⁵.

Se trata de una vida nueva, de un despertar más intenso. Por lo que dice San Josemaría ***“hemos de asumir esta responsabilidad de apóstoles con nuevo espíritu, con ánimo, despiertos. Ya es hora de despertarnos de nuestro letargo, pues estamos más cerca de nuestra salud que cuando recibimos la fe. La noche avanza y va a llegar el día. Dejemos, pues, las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Me diréis que no es fácil, y no os faltará razón. Los enemigos del hombre, que son los enemigos de su santidad, intentan impedir esa vida nueva, ese revestirse con el espíritu de Cristo. No encuentro otra enumeración mejor de los obstáculos a la fidelidad cristiana que la que nos trae San Juan: concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum et superbia vitæ; todo lo que hay en el mundo es concupiscentia de la carne, concupiscentia de los ojos y soberbia de la vida”***¹⁶.

¹⁴ *Conversaciones*, n. 67.

¹⁵ Surco, n. 487. ***“Me escribes en la cocina, junto al fogón. Está comenzando la tarde. Hace frío. A tu lado, tu hermana pequeña la última que ha descubierto la locura divina de vivir a fondo su vocación cristiana pela patatas. Aparentemente piensas su labor es igual que antes. Sin embargo, ¡hay tanta diferencia! Es verdad: antes “sólo” pelaba patatas; ahora, se está santificando pelando patatas”***. Surco, n. 498. ***“Santificar el propio trabajo no es una quimera, sino misión de todo cristiano...: tuya y mía. Así lo descubrió aquel ajustador, que comentaba: “me vuelve loco de contento esa certeza de que yo, manejando el torno y cantando, cantando mucho por dentro y por fuera, puedo hacerme santo...: ¡qué bondad la de nuestro Dios!”*** Surco, n. 517.

¹⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 4

Así pues, este camino exige renovarse continuamente, recomenzar siempre en la práctica del bien, rectificar constantemente la intención, porque despiertos totalmente no lo estaremos nunca en esta vida, mientras estamos *in via*, lo nuestro es luchar, esforzarnos por adherirnos fuertemente a nuestro Fin Último que es Dios y tratar de no soltarnos. Uno se suelta con el pecado, por el cual “uno se va lejos” (según la hermosa parábola del hijo pródigo, aunque no podemos explicarla ahora), en ese continuo volver y volver, comenzar y recomenzar se teje parte de la vida del cristiano en esta tierra.

Terminamos por tanto, por traer a colación nuevamente el imperativo ¡has el bien!, o como dice San Agustín, *Si dijese basta, estás perdido. Ve siempre a más, camina siempre, progresa siempre. No permanezcas en el mismo sitio, no retrocedas, no te desvíes*. No podemos faltar a la sindéresis que nos impele a crecer en el bien, irrestrictamente, a no detenernos, ya que la meta es muy alta. Al respecto dice San Josemaría: ***“No es posible quedarse inmóviles. Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas. El avance es progreso en santidad; el retroceso es negarse al desarrollo normal de la vida cristiana. Porque el fuego del amor de Dios necesita ser alimentado, crecer cada día, arraigándose en el alma; y el fuego se mantiene vivo quemando cosas nuevas. Por eso, si no se hace más grande, va camino de extinguirse”***¹⁷.

c. Una nueva visión del trabajo humano

Tenemos, por tanto, que desde este planteamiento, desde la identificación con Cristo, el trabajo no se considera sólo como simple manera de subsistir, es decir como una cosa molesta o compleja, tampoco se le ve simplemente como un sistema que tiene todo hombre tiene para ganarse la subsistencia por él mismo, de manera que sólo se dedique a trabajar y a conseguir el éxito económico. La alternativa es este sentido cristiano del trabajo. El trabajo como el puesto del hombre en el mundo, como un cumplir un requerimiento divino.

Hoy ya se entiende así, lo ha puesto de relieve San Josemaría, lo cual completa las formulaciones anteriores. En realidad, la noción de virtud griega aunque es muy aguda es limitada porque sólo atiende al auto perfeccionamiento y al de los demás pero no se extiende al perfeccionamiento del universo. Además, no hay una idea ecumenista de la sociedad. Sin embargo, desde Aristóteles se puede sacar las ideas claras de cómo esto último es posible, ya que él considera que el hábito categorial es exclusivo del hombre. Es una exégesis de la frase de Protágoras: El hombre es la medida de todas las cosas (*prágmata o jrémata*), con lo que se da la posibilidad de que el hombre transforme las cosas, que ponga su impronta en ellas.

Posteriormente, con el cristianismo, aunque surge la idea de que el hombre está hecho para trabajar y eso se hace dentro del plan divino, sin embargo, lo que nosotros

¹⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 58



llamamos trabajo no se consideraba un status en la Edad Media, sino que el trabajo era considerado de manera restringida, no era para los nobles. Con el desarrollo de la burguesía se da un desarrollo de los habitantes de las ciudades que no son nobles y aparece el lucro.

Por otra parte, el estudio del trabajo organizado ha ido creciendo a lo largo de la Historia. El primero que hace una racionalización, una teoría del trabajo es Adam Smith (hacia fines del s. XVIII), aunque tiene un antecedente en Quesnay. En esta época aparece la noción de Productividad, que es una noción moderna y entonces surge la noción de trabajo. Además, ahí ya hay Mercado, pero, en este sentido, el trabajo en la época moderna supone un agigantamiento de la técnica, un agigantamiento que los griegos consideraron peligrosa, porque vislumbraron que si absolutizamos los procesos mecánicos, matemáticos, de la *físis*, llegaríamos a procesos que al no tener *télos* -infinitos-, harían peligrosa a la técnica. Sin embargo, precisamente por eso es necesario regular y reencauzar el trabajo tal como se presenta actualmente.

Por tanto, necesitábamos un planteamiento del trabajo humano que volviendo a sus radicales más profundos, en esa línea del incremento del bien, prosiguiera en el perfeccionamiento de uno mismo, del universo y de los demás, fomentando la práctica de las virtudes, humanas y sobrenaturales, por lo cual el trabajo sea integrado dentro de los requerimientos propios de la vida cristiana, como una actividad santificante y santificadora, que se engarza en la dimensión divina, sobrenatural, de cada cristiano cuya exigencia más profunda es la del amor. San Josemaría ha aportado decisivamente a esa teología del trabajo y en general a la vida de tantas personas que se benefician con la riqueza de esas enseñanzas.

Genara Castillo

Universidad de Piura

Genara.castillo@udep.pe